

HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO

Nació en Coro en 1819.

García de Quevedo ha escrito odas llenas de elevación y sublimidad, brillantes poemas, interesantes novelas y dramas de reconocido mérito. Conoce varios idiomas, se ha distinguido como periodista, y ha sostenido con la espada lo que ha expresado con la pluma.

La España ha sabido honrar sus ricas dotes intelectuales y morales, y en más de una ocasión los más eminentes literatos le han dado públicos y espléndidos testimonios de lo mucho en que estiman sus obras.

Fue en 1846, cuando los periódicos de Madrid empezaron a engalanarse con las bellas producciones del poeta venezolano.

Sus poemas más notables son: *La Segunda vida*, *El Proscrito*.

Con grande aplauso se han representado en Madrid los dramas: *Nobleza contra nobleza*, *Un Paje y un Caballero*, *El Juicio público*, *Contrastes*.

Bien conocidas son las dos preciosas novelas: *Dos duelos á diez y ocho años de distancia*, *El amor de una niña*.

García de Quevedo ha figurado después como representante de España cerca de los gobiernos de su patria y del Ecuador.

Ha publicado en París sus obras completas, entre las cuales se hallan muchas inéditas.

Murió en París, en 1871.

¡AMISTAD!

¿Viste acaso de abril en la mañana,
Reina de la hermosura,
Descollar una flor, fresca, lozana,
En campo de verdura,
Como entre pardas nubes brilla el sol?

Acaso en el albor de nuestra vida,
Edad de los amores,
Y en la mundana turba confundida,
Mas bella que las flores,
¿Una mujer tu vista descubrió?

Y acaso la seguiste en su camino,
El seno palpitante
Por secretos impulsos del destino,
Cual sigue el navegante
De un faro amigo la esplendente luz:

¿Y acaso la alcanzaste, y sin enojos
Oyó tu blando ruego,
Y á los benignos rayos de sus ojos
Quedaste al punto ciego,
De amor en la dorada esclavitud?

Ó bien, rasgada ya de amor la venda,
Dejaste la hermosura,
Y presuroso, por distinta senda,
Con otra calentura,
Seguiste los fantasmas del poder:

Y llegaste tal vez al Capitolio
Y fuiste coronado,
Y tú mismo bajaste de tu solio
Ó fuiste derrocado,
Y á desear volviste otra vez.

Y todas las terrestres ambiciones
Á su vez te agitaron;
Y juguete servil de las pasiones
Los hombres te miraron
Tras la felicidad siempre infeliz;

Que amor, poder, y glorias y grandeza
En nuestra raza humana,
Efímeros son ¡ay! cual la belleza
Que dura una mañana,
De aquella flor, señora del pensil.

Lo más sublime es poco más que un nombre
So el ancho firmamento,
Y Dios, en su bondad, dió al débil hombre
Un solo sentimiento
Mas noble que la vida que le dió:

Manantial de virtudes, generoso,
Raudal inagotable
De amor y de placer para el dichoso;
Y para el miserable,
Bálsamo á las heridas del dolor.

¡Santa amistad! — purísima corriente
Jamás contaminada;
Flor siempre viva, del mundano ambiente
La sola respetada,
La que nunca agostó la tempestad.

Tú sobrevives, del humano pecho
A las mil emociones;
Pasa el amor y cálmase el despecho,
Cesan las ambiciones,
Mas nunca mueres tú, santa amistad!

¡ ADIOS !

Adios, te digo, adios, quizá por siempre!
Y aunque al perdón te niegas, implacable,
Por tí ni un solo instante el alma mía
Dejará de sentir amor eterno.
¡Ay de mí!... Si del pecho penetraras
El abismo profundo, de este pecho
Donde tu frente candorosa y pura
Reposó tantas veces, cuando el sueño
Tranquilo y apacible, que ya nunca
Volverás á gustar, tan amoroso
Tus sonrosados párpados cerraba!
Si de este corazón vieras, herido,
El punzante dolor, confesarias,
Que nunca mereció tu olvido ingrato.
Aunque te aplauda el mundo, aunque sonría
Á cada nuevo golpe que descargas
Sañuda sobre mí sus alabanzas
Ofenderte ántes deben, que se fundan
En la miseria de mi infausta vida.
Muchas mis faltas fueron; mas ¿no pudo
Encontrarse otro brazo que el que amante
Me acariciara un día, para hacerme
Tan mortales heridas? — ¡Ah! te ruego,
¡No te engañes así contra tí misma!
— Puede el amor ceder por lentos grados;
Mas no presumas, no, que impunemente
Se puedan separar dos corazones
Con repentino golpe. — Tierno el tuyo
Por mí palpita aun, y en honda pena
Por tí suspira el mío, desgarrado
Con la terrible idea de que nunca
Á verte volveré! — Muy mas amargas
Estas palabras son que el ¡ay! doliente
Con que la madre llora al muerto niño.
Ambos vivir debemos y la aurora

De cada nuevo día, al despertarnos
Nos hallará á los dos en viudo lecho....
Y cuando busques á tu llanto alivio,
Cuando por vez primera, oigas, dichosa,
Los débiles acentos, balbucientes,
De nuestra niña cara : ¿Padre mío,
La harás decir, ya que enemigo el cielo
La priva de mi amor y mis cuidados?
¡Ay! — Cuando sus manitas blandamente
Las tuyas estrecharen, y su labio
Bese amoroso el tuyo, una memoria
Da al esposo infeliz, cuya plegaria
Te bendice ferviente, y bendecido
Había en otro tiempo el amor tuyo.
Y si del dulce rostro en las facciones
Alguna semejanza descubrieres
De las que no verás ¡ay triste! nunca,
Tu corazón entonces, palpitante
Por mí latirá fiel quizá un momento.
Acaso tú conozcas mis errores,
Mas mi locura inmensa, es imposible.
Mis nobles esperanzas, ya marchitas,
Donde quiera que vas siguen tus pasos....
Mi antigua fortaleza ya no existe :
Este orgullo que al hado no cediera
Hoy se humilla ante tí; que me abandona
Á un tiempo con tu amor, cobarde el alma :
Todo, todo acabó.... vanas y ociosas
Estas súplicas son del tierno pecho;
Pero mis pensamientos dolorosos
Contra mi voluntad se abren camino.
¡Adios aun otra vez! — Mas ¡qué! ¿Por siempre
Rotos serán nuestros amantes lazos?
Helado el corazón — solo — infelice
— ¡Hay algo mas cruel — morir no puedo!!!

Á UNA ROSA

En el pensil ameno tus colores
Ostentas sin rival, rosa temprana,
Y el sol con mil cambiantes de oro y grana
Te esmalta como á reina de las flores :
Desaparece tus balsámicos olores
El puro ambiente de gentil mañana,
Y la purpúrea faz prestas liviana

Del céfiro á los besos seductores ;
Mas ¡ay! — ¡al sol poniente de este día,
Marchita habrán de verte y deshojada
Los ojos que ahora admiran tu hermosura!
Fugace, cual tú, vuela la alegría
Del hombre, y de su dicha ya pasada,
Dolor le resta solo y amargura.

SOBRE UNA CALAVERA

¿Quién fuiste tú? — Tal vez sobre tu frente
La llama del ingenio pura ardía;
Tal vez de amor el fuego omnipotente
En tu alentado corazón latía.

Envidia fuiste acaso á tus iguales,
Respeto acaso fuiste á tus mayores;
Tal vez en los domésticos anales
Virtud legaste á indignos sucesores.

Ó en el eterno libro de la historia
Grabaste el tuyo entre los grandes nombres,
Eterno ejemplo de virtud y gloria
Legando en él á los futuros hombres.

Mártir acaso de tu fé — ¿viviste
De esclavitud moral so el férreo yugo,
Ó monstruo asolador, acaso fuiste
De la oprimida humanidad verdugo?

¿Viviste una existencia maldecida
De guerra y ambición entre furoros,
Ó en grata oscuridad pasó tu vida
Cual mansa fuente entre olorosas flores?

¿Quién sabe! ¿qué mortal entendimiento
Descifrar puede enigma tan oscuro?
¿Qué dice á mi anheloso pensamiento
Ese cráneo arrojado al pie de un muro?

Informe resto del orgullo humano,
Imágen fiel de la mortal miseria,
Barro á la par y fuego soberano,
Espíritu inmortal y vil materia :

¿Dónde aquellos instintos generosos
Que en el viaje mortal fueron tu guía?

¿Dónde los pensamientos luminosos
Que poblaron tal vez tu fantasía?

¡Ay! — Todo pereció; raudó cr
El revuelto palenque de la vida,
Y en el tránsito oscuro no dejaste
De tu planta una huella conocida.

Ciego, mudo vestigio, informe resto
De lo que un día entre los hombres fuiste,
Te alzas, empero, amenazante, enhiesto
En la clara visión de mi alma triste.

Y con una elocuencia aterradora,
Expresión de la ciencia soberana,
Me pruebas cuán mezquina, engañadora
Y fútil es, la vanidad humana.

Gritas sin voz á mi razón perdida :
¡Vé lo que resta de mi ser carnal!
No en esta, — piensa en la futura vida,
La vida del espíritu inmortal!

Sin lengua está tu boca y de ella sale
Un raudal de elocuente convicción :
¡Cuánto el silencio tuyo, cuánto vale
Mas que toda la humana erudición!

No hay en tus ojos luz, y refulgente
Luz, dan á mi orgullosa oscuridad,
Y en las tinieblas hondas de mi mente
Alumbran la asombrosa eternidad.

¿Qué pides á ese resto blanquecino,
Mudo sarcasmo del orgullo humano?
¿Inquieres de su vida el hondo arcano?
— ¡Amar y padecer fué su destino?

Á UNOS OJOS

Ojos, hermosos ojos,
Ojos que al mismo sol dieran enojos;
Ojos, do quiso el cielo
Simbolizar de nuestro heróico suelo
El amor, la hermosura y gallardía —
¿Por qué os negais á la esperanza mía?

Cansado peregrino
Á través del desierto de la vida,
Ó náufrago marino
En medio á la ancha mar embravecida,
¿Sois, dulces ojos, el ansiado puerto
Que ofrece el cielo á mi esperanza abierta?

Ojos, tiranos ojos,
Por quien rebosa el corazon de enojos;
Ojos, luz de mi vida,
¿Por qué me hicisteis tan ingrata herida?
Si no os curais del pecho que así os ama
¿Por qué encender en él tan cruda llama?

Cuando los puros rayos
De vuestra luz en lánguidos desmayos,
Vagos como un ensueño,

Ledo desparece vuestro hermoso dueño:
Ojos, verdugos sois ó redentores,
Si con desden mirais ó con amores.

El corazon rasgado
En vuestros dulces rayos abrasado
Ya ni piedad implora
De la adorada ingrata, encantadora;
Y, empero, es tal la fé con que la quiere
Que mudo sufre y adorando muere.

EN UN ALBUM

¿Una página mas llenar deseas
Del libro, Encarnacion, ó un sentimiento
Mas alto armonizó tu pensamiento
Al grave diapason de mis ideas?

Ó acaso alguna oculta simpatía
Vibró en tu noble corazon, oyendo
El amargo gemir, ó ya el tremendo
Amenazar del vate en su agonía.

¡Quién sabe! — Si en tu púdica inocencia,
Los arcanos y móviles ignoras

Del propio ser — ¡prolongue Dios, las horas
De tu casta, feliz inexperiencia!

Yo no sé lo que soy, aunque te asombre;
Odio y desprecio aunque nació al cariño;
Á amar, conservo el corazon de un niño,
Y al amargo dolor soy mas que un hombre.

Cuando en futuros dias, de mi historia
Te trajere un recuerdo la lectura
De esta página, henchida de amargura,
Da una lágrima tierna á mi memoria!

EL HURACAN DE LA HABANA

Duermen los vientos sañudos
Callan las tímidas ondas,
La luz del sol refulgente
Cárdena y mustia se torna;
Cruzan veloces los aires
Alcatraces y paviotas,
Y el hombre asustado, mira
Del cielo por la anchurosa
Region, correr apiñada,
Nubes amenazadoras.
Vuela el marino á su nao,
Sube al puente y ya en la proa,
Presagiando la borrasca
Las fuertes áncoras dobla.
Todo es espanto y tumulto
En las envidiadas costas
Do surge la soberana
De *Cubanacán* famosa.

— Mas el primer lampo rasga
Las nubes, y de las rocas
En los cóncavos vacíos
Hórrido el trueno rimbomba.
Silva aquilon tremebundo,

Entumécense las olas,
Cae el rayo, y las cataratas
Del cielo abiertas, arrojan
Mares de férvida lluvia
Que las campiñas ahogan.
Crugen sobre sus cimientos,
Vacilan y se desploman
Los palacios; — en las aguas
Las sibilantes maromas
Y las ferradas cadenas
De las áncoras, ya rotas,
Los abultados bajeles
Se embisten y se destrozan,
Y si evitando el encuentro
Rápidos surean las olas,
Van á estrellarse en las puntas
Erizadas de las rocas.

Húndese aquí un edificio,
Y en sus ruinas polvorosas
Á un tiempo muerte y sepulcro
Halla una familia toda.
Allá en el hinchado piélago
Cien y cien náufragos flotan,

Y á poco, en el torbellino
Desparecen de las olas.
Llora aquí la triste madre,
Gime allí la viuda esposa,
Y mas allá un avariento
El oro perdido llora.....
Y en tanto, la negra muerte
Sobre la escena horrorosa
Se cierne, y mientras implacable
La vida de tantos corta,
Vaga una hedionda sonrisa
Por su desdentada boca.....
El huracan despiadado
Sus crudas iras redobla.
¡Ay de ti, feraz Antilla!
¡Ay de ti, ciudad famosa!

— Mas cesa el viento, su furia

Olvidan las bravas olas,
Tórnase el cielo azulado,
Brilla el sol, y ya la ronca
Voz, no retumba del trueno
En los ecos de la costa.

Vosotros, los alligidos,
Tregua dad á la congoja;
En vuestros pechos renazca
La esperanza; ya la aurora
De un dia mas fortunado,
Entre púrpuras y rosas,
De las montañas vecinas
Las verdes cúspides dora;
Y en breve, la fértil Cuba,
Ahora asolada, orgullosa,
Volverá á ser cual un tiempo
La envidia de aquesas zonas.

LA MUERTE

Impasible y adusta soberana
Del orgullo mortal niveladora,
Todo lo que alentó la mano suma
Del eterno Hacedor, en aquel dia
En que ordenó á la luz salir del caos
Está sujeto á tu poder terrible.
Desde los vastos mundos que se mueven
En el espacio inmenso del vacío,
Hasta esos microscópicos insectos
Que nunca vieron los humanos ojos,
Y á cuya rapidísima existencia
No hay en el tiempo espacio ni medida. ...

¿Por qué ó muerte á tu nombre tiembla el mundo?
— Único ofreces, inviolable asilo
Á la virtud, al llanto, á la indigencia.
Jamás negaste el maternal regazo
Al alma de luchar enflaquecida.
¿Por qué tu imágen al mortal asusta?
— No destruye tu mano: — regenera.

En cuanto ser el Universo abarca,
Escelso ó vil, espíritu ó materia,
La muerte es el principio de la vida.

Yo siento en mí un impulso poderoso
Que á tí me llama: el pensamiento mío
En tu idea se espacia con deleite,
Y el corazon finísimo te adora.
Y cuando solo, en la callada noche
En torno á mí se arrastran soñolientas
Las tardas horas, por do quier tu imágen
Me asalta con gratisima porfía.
¿Qué es esta vida porque tanto afana
Insensato el mortal? — Árdua palestra,
Do inmensos son el riesgo y la fatiga
Y el galardón mezquino y deleznable.
Serie de despedidas dolorosas,
Manantial de temores y de sustos,
De pérdidas registro siempre abierto.
Árida senda de espinosas zarzas
Sembrada, do en levisimos girones
Van la esperanza y fé y amor quedando,
Aquí en ingratitud — allí en traiciones,
Y mas allá en amadas sepulturas.
— ¡Ó muerte pia, compasiva muerte,
Tarde será por presto que á mí vengas;
Tú eres la aurora del eterno dia,
Y mejor que llorar es ser llorado!

¡TUYO ES MI CORAZON, DULCE AMOR MIO!

¿Cómo habré de decirte que te adoro,
Ya en la mitad de mi azarosa vida,
Purísima azucena, desprendida
Del eterno pensil del sumo coro?
¿Cómo mezclar mi lloro

Á tu risa infantil, dulce amor mío,
Ni entrelazar el abrasado estío
Con la verde, florida primavera?
— No se une en la pradera
La tímida viola

Al espinoso cardo — nunca amiga
De la punzante ortiga
Fué la roja y espléndida amapola....
Y, empero, el corazon salta á tu vista
Y se lanza hácia tí, como el acero
Vuela en pos del iman, cual leve arista
Que arranca en su camino

El hálito voraz del torbellino!
Truena en la mente en vano el grito austero
De la razon : la sangre no lo escucha,
Y en la tremenda lucha,
Un grito inmenso, aterrador, postrero,
Exhala el alma al espirar su brío :
« ¡Tuyo es mi corazon dulce amor mio! »

A UNA MARIPOSA

Pintada mariposa
Que, nacida en la gaya primavera,
Aun volabas ha poco en la pradera,
Émula del clavel y de la rosa
¿Qué mano te detuvo en tu carrera?

Nacida con las flores,
Era morir con ellas tu destino,
Pues vives de perfumes y colores
¿El poder que se opuso á tu camino
Pensó acaso librarte de dolores?

¿Debo llorar tu muerte
Cuando el amor engalanó tu vida?
Una mano querida
Te arrancó á las injurias de la suerte
De su piedad angélica movida.

Mil veces tú, dichosa,
Que moriste en tu fuerza y hermosura,
Circundada de olores y verdura;

De la vejez cansada y afanosa,
Evitando el dolor y la amargura.

¿Quién como tú, viviera
Un instante no mas tan dulce vida!
¿Quién como tú muriera
Gozando ántes cumplida
La dicha del amor apetecida!

¡Oh! — ¡cuán terrible carga
La carga del vivir, cuando las flores
De amor, pierden su aroma y sus colores,
Y los instantes de la vida amarga
Son siglos de fatiga y de dolores!

¿Qué á mí el rencor de la fortuna impía
Si feliz poseyera un solo dia
El corazon de mi adorada hermosa?
¿Un dia, una hora sola venturosa
Valen eternidades de agonía!

A CARACAS

En la falda de un monte que engalana
Feraz verdura de perpétuo abril,
Tendida está, cual virgen musulmana,
Caracas la gentil.

Y la corona de flotantes brumas
Que se cierne en la cima secular,
Parece un velo de nevadas plumas
Que Dios la quiso echar.

Reina feliz de tan hermoso suelo,
Patria de mas de un célebre varon —
¿Por qué al llegar bajo tu limpio cielo
Se oprime el corazon?

¡Ay triste! — Miro de la patria historia
Mustias hoy la belleza y majestad!
¿Será que olvidas tu pasada gloria,
Tu antigua libertad?

¡No! Que aquí en derredor, el alma mia
Ve, rebosando en brío y altivez,
La generosa juventud que un dia
Será tu orgullo y prez.

Noble plantel de heroicos ciudadanos
Que promete á tu gloria el porvenir
¿Sin mancha el corazon, puras las manos,
Guardad hasta morir!

Casi extranjero en el solar nativo,
Peregrino y oscuro trovador,
Arde en mi corazon, empero, vivo,
El puro, patrio amor!

Él inspira mi voz en tal momento,
Presta á mi alma su brío sin rival
¿Sordos sereis al dolorido acento
Del seno maternal?

¡No lo sereis por Dios! — Los ojos fijos
Escrito leo allá en lo porvenir :
¡Madre que tiene tan heróicos hijos
No puede sucumbir!

Despreciando esta vida transitoria
Por la justicia y por la ley pugnad!

¡Feliz quien lega perennal memoria
A la futura edad!

Yo en la madre comun, la heróica España,
Daré á cada virtud una cancion,
Y al recuerdo será de cada hazaña,
Altar mi corazon!